

UNA reciente película de Werner Herzog —“Aguirre, la cólera de Dios”— va a contribuir decisivamente a que en toda Europa se hable mucho próximamente de Lope de Aguirre. Desconozco la película; sólo puedo decir de ella que la protagoniza Klaus Kinski y que ha causado notable impacto en París. Si tiene algún desnudo potablemente integrado en el resto del relato, quizá la veamos

en los cines comerciales españoles. En todo caso, la aventura de aquel peligroso vasco ya había tentado antes a muchos narradores: es natural, porque si jamás hubo un **argumento** es el que brinda la vida de Aguirre. Don Pío Baroja le dedica un capítulo de “Las inquietudes de Shanti Andía”; Papini, que es un autor que habrá que releer cuando le perdonemos que haya gustado a quienes no nos gustan, le hace aparecer con su hija

FERNANDO SAVATER

EL CASO DE LOPE DE AGUIRRE SE PRESTA A LA CONTROVERSIA. AUNQUE «LOCO» Y «CRIMINAL» SEAN LOS ADJETIVOS PARA CALIFICARLE, NO FALTA QUIEN LE TIENE POR GRAN HEROE. UNA RECIENTE PELICULA, «AGUIRRE, LA COLERA DE DIOS», DE W. HERZOG —DE LA QUE VEMOS UN FOTOGRAMA EN EL QUE FIGURAN DON LOPE Y SU HIJA—, CONTRIBUYE A ESTA CONTROVERSIA.



LOPE DE AGUIRRE, TRAJIDOR, PEREGRINO Y MARTIR

"El leer aquellas aventuras de Aguirre me producía un poco la impresión que produce a los niños *Guignol* cuando apalea al gendarme y cuelga al juez. A pesar de sus crímenes y sus atrocidades, Aguirre, el loco, me era casi simpático".

(PIO BAROJA,
"Las inquietudes
de *Shanti Andía*".)

en su delirante y genial "Giudizio Universale"; Valle toma el final de Aguirre como cierre de su "Tirano Banderas". Con "La aventura equinoccial de Lope de Aguirre", Ramón J. Sender logra una de sus mejores novelas, y la breve narración "Lope" que Luis Britto incluye en su libro "Rajatabla" es, sin duda, lo único plenamente memorable de esas páginas. Nada de esto, con ser bueno, es comparable a la fuente originaria de todos estos relatos, la "Jornada de Omagua y Dorado", escrita por Francisco Vázquez, uno de los marañones que acompañaron más o menos voluntariamente a Aguirre en su insuperable peregrinaje (1). Después de leer esta relación, escrita por Vázquez para exonerarse de la parte de culpa que pudiera corresponderle por los crímenes de Lope, lo único que asombra es que semejante guión haya tenido que esperar tanto tiempo para realizarse cinematográficamente.

Por lo que se ve, el caso de Lope de Aguirre tiene la ambigüedad ética inherente a toda buena narración: se presta a la controversia. Muchos calificativos se aplican a su nombre: "loco" y "criminal" son los más frecuentes, aunque no falta quien le tiene por precursor de la independencia latinoamericana e incluso por gran héroe. La polémica ha ganado a los especialistas, como prueba la reinante entre Segundo de Ispizua

y Emiliano Jos. De todos modos, los más fáciles a la condena no son los más lúcidos, como prueba el divertido caso de don Enrique de Gandía, secretario de las Academias Nacionales de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas de la República Argentina, prologuista de la "Jornada..." de Vázquez. Este pintoresco personaje, tratando de mostrar que Aguirre es caso único en la epopeya de los españoles en América, afirma sin trepidar: "La conquista fue una ola de amor que se extendió sobre el Nuevo Mundo" y "la antropofagia disminuyó en gran parte y los hábitos europeos, dulces y cultos, se fueron imponiendo en las aldeas donde antes se danzaba en torno a los prisioneros para devorarlos en ceremonias infernales...". El buen hombre se extiende en este plan largo y tendido, pero lo mejor es cuando le llega el momento de condenar los intentos reivindicatorios de Aguirre y afirma: "Ispizua fracasó, oficialmente, en su intento reivindicatorio, pues los psicópatas (sic!) han podido descubrir, sin dudas de ninguna especie, que Lope de Aguirre actuó como un loco, como un maniático atacado de manías persecutorias o un simple y vulgar anafectivo". Esta es la tónica de los análisis psicológicos de Lope de Aguirre. Tampoco dedicarse a exculparle o canonizarle como precursor de útiles reformas parece mayormente interesante. ¿Un monstruo? Sin duda: sólo un monstruo es capaz de recorrerse el Amazonas con un puñado de hombres, en balsas mal pertrechadas, hacerse al mar, tomar ciudades, desafiar al

(1) Publicada en 1944 en la admirable e insustituible Colección Austral.



ENTRE LOS DIVERSOS AUTORES (BAROJA, PAPINI, VALLE INCLAN, BRITTO...) QUE HAN TRATADO LA FIGURA DE LOPE DE AGUIRRE EN OBRAS DE FICCIÓN, DESTACA RAMÓN J. SENDER CUYA «LA AVENTURA EQUINOCCIAL DE LOPE DE AGUIRRE» FIGURA DENTRO DE LO MEJOR DE SU NOVELÍSTICA.

Rey más poderoso del mundo, ser temido y obedecido por los hombres más duros que jamás hubo, inventarse y deponer príncipes en plena selva... Pero un monstruo que tiene que ser conocido y, en la medida de lo posible, escuchado.

EL LOBO Y LA PALOMA

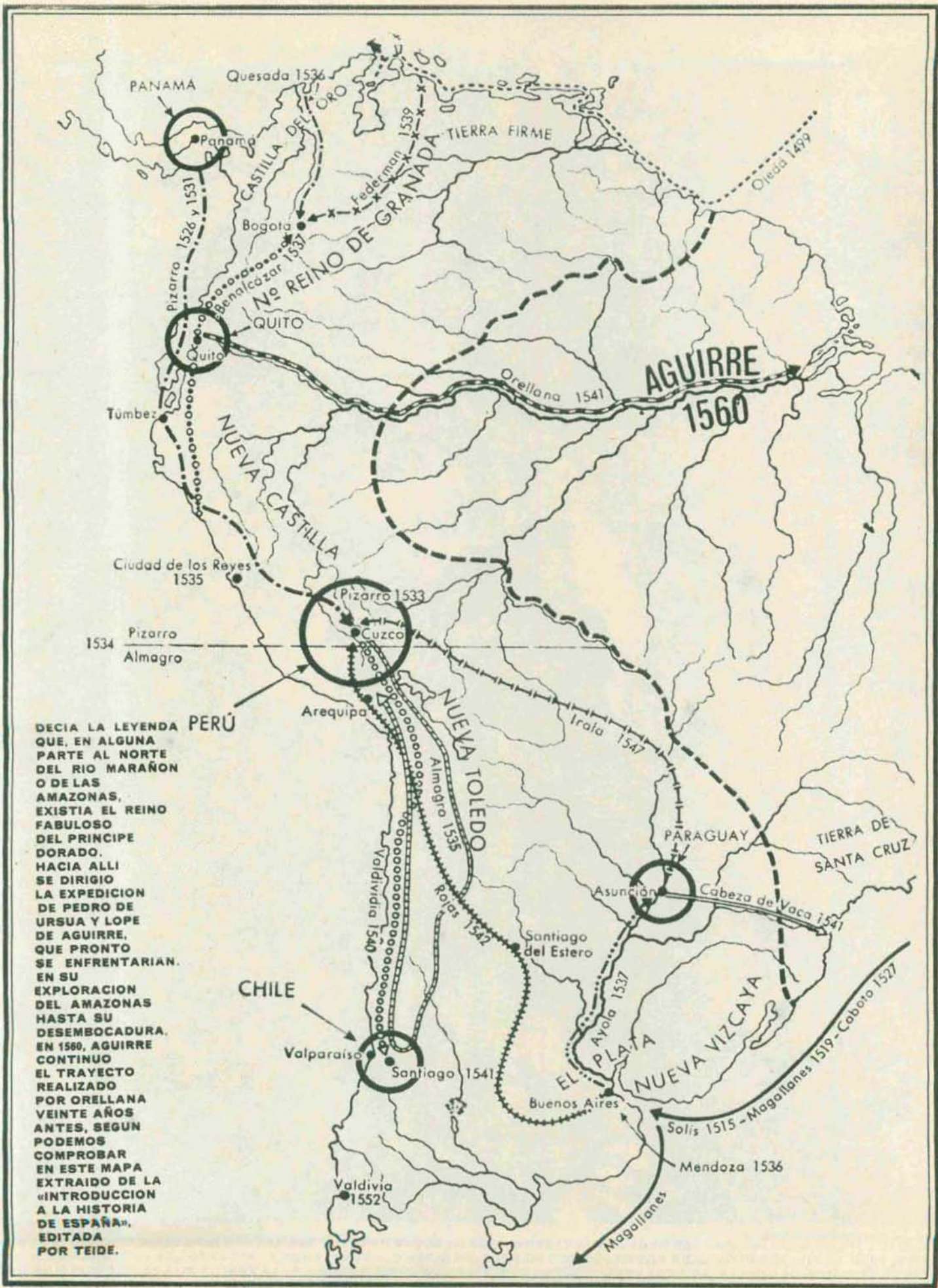
La historia de Lope de Aguirre se halla inextricablemente entrelazada con la de otro vasco, que también ha llegado de algún modo a poseer mitología propia, aunque, por contra de la de Aguirre, de signo positivo. Estoy hablando de don Pedro de Ursúa. Las sombras del nombre del uno han hecho resplandecer al del otro. Sobre sus orígenes respectivos ha escrito páginas atinadas, como tuyas, Julio Caro Baroja (2). Aguirre debía ser de Oñate, señorío de régimen especial y arcaizante dentro de la ordenación guipuzcoana de los siglos XVI y XVII; Ursúa tenía su casa solariega en el valle del Baztán: una

(2) En "El señor inquisidor y otras vidas por oficio", Alianza Editorial, número 114.

torre enclavada en Arizcun. Sus escudos respectivos prefiguran de algún modo sus destinos: el apellido Aguirre ha estado siempre unido al lobo, tanto en su versión latina (Lope = **lupus**, como vasca: **otxoa**) y en sus armas figura "una loba negra rampante, con dos lobeznos que la maman colgantes y las uñas sangrientas"; en cambio, en el blasón de don Pedro leemos: "tres palomas (**ursuak**) negras, con pintas de plata, puestas en triángulo mayor". Allí, en la desafortada espesura del Amazonas, empeñados en un sueño de ambición y muerte, iban a enfrentarse ese lobo y esa paloma nacidos en las tierras vascongadas.

Lope de Aguirre debía de haber perdido su patrimonio familiar, si es que lo tuvo, y a los veintipocos años embarcó para las Indias. Era hombre de vivo ingenio y excelente amanuense, como prueba su caligráfica firma en el documento al Rey Felipe. En comparación con la mayoría de los otros conquistadores, un auténtico intelectual. Fue rebelde y turbulento desde el primer día: en el Perú tomó partido por Gonzalo Pizarro en su rebelión contra la corona de España; después traicionó a éste a su vez, ensañándose cruelmente con sus antiguos compañeros. Perteneció a la conjura para asesinar al general don Pedro de Hinojosa, por lo que fue condenado a muerte. Huyó y se dedicó a desbravador de caballos: como dice don Pío, "buen oficio para poner a prueba su bárbara energía". Era pequeño de cuerpo, chupado, mal encarado, de un vigor y resistencia incomparables. Su ramalazo feroz le había ganado entre todos los soldados el apodo de "Aguirre, el loco".

Por su parte, Pedro de Ursúa había conquistado una fama muy distinta, de hombre fiel a la corona y capitán valiente. Una cierta arrogancia suya le había creado, empero, bastantes enemigos. Exploró las tierras de Nueva Granada (la actual Colombia) y fundó en ellas Pamplona y Tudela, nostálgico homenaje a su Navarra lejana. Dice Vázquez que era "de gran habilidad y experiencia en los descubrimientos y entradas de indios". Esto lo abona su hallazgo de una mina de oro entre los indios **chitareros** y su campaña contra los combativos indios **musos**. Ciertas dificultades con los notables de Santa Marta en el desempeño de su cargo de justicia mayor de la zona le pusieron en



DECIA LA LEYENDA QUE, EN ALGUNA PARTE AL NORTE DEL RIO MARAÑÓN O DE LAS AMAZONAS, EXISTIA EL REINO FABULOSO DEL PRINCIPE DORADO. HACIA ALLI SE DIRIGIO LA EXPEDICION DE PEDRO DE URSUA Y LOPE DE AGUIRRE, QUE PRONTO SE ENFRENTARIAN. EN SU EXPLORACION DEL AMAZONAS HASTA SU DESEMBOCADURA. EN 1560, AGUIRRE CONTINUO EL TRAYECTO REALIZADO POR ORELLANA VEINTE AÑOS ANTES, SEGUN PODEMOS COMPROBAR EN ESTE MAPA EXTRAIDO DE LA «INTRODUCCION A LA HISTORIA DE ESPAÑA», EDITADA POR TEIDE.



TANTO LOPE DE AGUIRRE COMO PEDRO DE URSUA DESARROLLARON BUENA PARTE DE SUS ACTIVIDADES COMO CONQUISTADORES EN EL PERU, LA TIERRA COLONIZADA POR FRANCISCO PIZARRO, DE QUIEN CONTEMPLAMOS EL RETRATO QUE SE GUARDA EN EL ARCHIVO DE INDIAS, DE SEVILLA. AGUIRRE TUVO TAMBIEN CONEXION CON OTRO MIEMBRO DE LA FAMILIA PIZARRO, GONZALO, AL QUE APOYO EN SU REBELION CONTRA LA CORONA DE ESPAÑA.

situación embarazosa. Acudió al virrey de Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, quien, para probarle, le envió contra los negros cimarrones sublevados en Panamá, desdichadas víctimas de la buena voluntad en favor de los indios del padre Las Casas. Ursúa venció al rey negro Bayamo, que contaba con fuerzas netamente superiores, y le llevó cubierto de cadenas al Perú. Así se consolidó su fama. Agradecido por este servicio, el marqués de Cañete le confía la más mítica y codiciada empresa de las Indias: la conquista de El Dorado. Era el año 1558.

RUMBO A LAS TIERRAS DEL PRINCIPE DORADO

Allí, en alguna parte al Norte del río Marañón o de las Amazonas, debía existir el reino fabuloso del príncipe Dorado. Cierta día, prescrito por minuciosos rituales, el pueblo desconocido se reunía a las orillas de un gran lago y volcaba en él sus ofrendas. El príncipe Dorado se introducía en las aguas inmóviles y recitaba jaculatorias que nunca oyeron oídos cristianos. Luego salía a la orilla, donde silenciosos sacerdotes le cubrían de finas láminas de oro. Los últimos fulgores del poniente le convertían en una pavesa rutilante. En los dominios del príncipe Dorado, todo era de ese metal inviolable. Ofrendas de oro, calles pavimentadas con oro, trajes, joyas, estatuas, edificios refulgentes... Era un sueño en que se fundían la mística y la codicia. Ninguna reducción economicista puede, por sí sola, dar cuenta de un concepto de riqueza que hoy ya no entendemos. Había oro y los conquistadores lo encontraron en cantidades fabulosas, pero se dejaba a un lado y se exponía de nuevo la vida para buscar El Dorado, que representaba ante todo la categoría mítica del derroche inacabable. La conquista de El Dorado fue el valor y la crueldad puestos al servicio de la alquimia.

Ursúa plantó las reales de la expedición en Santa Cruz, al Norte del Perú. Eran tierras de los indios motilonos, así llamados por llevar la cabeza rapada. Durante muchos meses se fueron reuniendo los expedicionarios; como el virrey había prometido amnistía a los que se enrolasen, aquello se convirtió en una especie de legión extranjera. *Lope de Aguirre no debió de ser de los últimos en acudir a la convocatoria. A don*



A LA AMBICION DE LOS CONQUISTADORES ESPAÑOLES, SE OPUSO LA DEFENSA QUE DE SUS TIERRAS, PROPIEDADES Y VIDAS HICIERON LAS COMUNIDADES INDIAS, MUCHOS DE CUYOS JEFES FUERON MUERTOS O DETENIDOS. EN PERU CONCRETAMENTE, ATAHUALPA SE ENFRENTO A PIZARRO QUIEN LE ENCARCELO —SEGUN MUESTRA ESTE GRABADO DE POMA DE AYALA— PARA DARLE MUERTE POSTERIORMENTE.

Pedro no le sobraba el dinero, ni tenía demasiados escrúpulos a la hora de conseguirlo: cierto cura párroco Portillo perdió sus dineros de manera hartamente significativa. Estas astucias tipo Ulises no eran extrañas a Ursúa, quien ya las había empleado contra el rey de los cimarrones, al que, según parece, derrotó con estratagema no demasiado limpia. Don Pedro de Ursúa tenía unos treinta y cinco años de edad; era más bien alto, bien formado y pelirrojo. Tenía debilidad por las mujeres y éxito con ellas. Allí, en Santa Cruz, se le unió para acompañarle en la expedición una bellísima criolla de Trujillo, Perú, llamada Inés de Atienza, hija del conquistador Blas de Atienza. La moza era viuda y aventurera: provenía de los brazos de don Francisco de Mendoza. Vázquez la culpa de la mayor parte de los males que le ocurrieron a Ursúa. En primer lugar, le cambió el carácter, antes sociable y luego amigo de la soledad "a fin, según parecía,

de que nadie estorbase sus amores, y embebecido en ellos, parecía que las cosas de guerra y descubrimiento las tenía olvidadas; cosa, cierto, muy contraria de lo que siempre había hecho y usado". Según cuenta después, el negro que fue a avisarle de la traición que se urdía no pudo acceder a don Pedro por hallarse éste en amoroso coloquio con su Inés. En cualquier caso, la presencia de ese deseable producto tropical entre los fieros marañones no debía precisamente contribuir a serenar el ambiente.

Como la expedición buscaba reinos ignotos, el itinerario a seguir tenía por fuerza que ser más bien impreciso. Se trataba, en principio, de remontar el río Marañón o de las Amazonas; para ello iban a emplearse balsas y bergantines cuyo estado era fundamentalmente ruinoso, según Vázquez cuenta prolijamente. Ursúa logró reunir trescientos hombres bien pertrechados, sin contar los negros y el personal de servicio. Con ellos, en dos bergantines y tres chatas "y éstos, tan mal acondicionados, que al tiempo que los comenzaban a cargar se abrían y quebraban todos dentro del agua", partió a finales del verano de 1560. Vázquez cuenta los episodios de la durísima jornada con laconismo épico, que a veces rompe para ensalzar homéricamente a algún personaje cuya habilidad debió entusiasmar a los expedicionarios, como es el caso del legendario arcabucero Francisco Díaz y García de Arce. Los bergantines se rompían contra los bajíos, las balsas se cuarteaban, los caballos y la impedimenta debían ser abandonados. Indios, fieras, selva: Vázquez no exagera la importancia de este inhóspito decorado. Sólo la peripecia humana tiene importancia, el enfrentamiento de las pasiones. Veamos con qué aterradora sencillez se aceptaba en la expedición la cotidianidad de la muerte: "Perdieron dos hombres en el camino, que salieron a buscar comida juntos y nunca más los vieron. Creyóse, al principio, que se habían perdido en la aspereza de la montaña y no supieron atinar a volver a donde habían salido; finalmente, nunca más se supo qué se hicieron". Escueto epitafio para dos españoles devorados por el Amazonas.

LA TRACION DE LOS MARAÑONES

Pronto comenzó a fraguarse la escisión entre la cabeza de la expedición y los más

arriscados de los conquistadores. Ursúa soñaba con la mítica ciudad empedrada con oro, con fundar nuevas colonias a las que quizá daría los nombres queridos de la geografía navarra y de las que sería gobernador. Pero lo bien fundado de su ambición era humillante para los desheredados que le acompañaban. Se exhibía, solitario y altivo, con su hermosa Inés, fruto prohibido que simbolizaba juntamente el poder del gozo y el gozo del poder. A los que cometían alguna falta, les condenaba a remar como galeotes en la balsa de su criolla; era un castigo físicamente ligero, pero de terribles implicaciones espirituales, como bien señala Vázquez. Lope de Aguirre, Zaldueño, La Bandera, Martín Pérez y otros marañones —nótese: ya no españoles o europeos, sino irremediables hijos del gran río que les laceraba— comenzaban a tener planes muy distintos. ¿Por qué no volver contra el Perú, derrocar al virrey, apoderarse de las riquezas allí habidas, crear un estado independiente del Rey Felipe? Eran ciertamente un ejército aguerrido y formidable, mayor que el que tuvo Cortés para conquistar México o Pizarro para tomar el Perú. Lope de Aguirre era quien daba forma a este ambicioso proyecto, pues la mayoría de los rebeldes no aspiraba más que a cambiar un jefe demasiado altivo y egocéntrico por otro más avenido a sus intereses. Habían pensado para este cargo en don Fernando de Guzmán, joven de menos de treinta años, de buen linaje e íntimo amigo de don Pedro de Ursúa, a quien secretamente envidiaba el mando y la mujer. La conspiración creció en el recelo de aquellas soledades frondosas. Ejecutaron la traición dando muerte a don Pedro de Ursúa la noche de primero de año de 1561, en un pueblo abandonado por sus habitantes al acercarse los conquistadores. También asesinaron a varios de sus alférces más fieles. A continuación nombraron general a Fernando de Guzmán y maestro de campo a Lope de Aguirre.

Una vez consumada su rebelión, los amotinados trataron de paliar el suceso ante las futuras represalias de la justicia. Aun perdidos en aquellas inmensidades remotas, sentían el ojo de la justicia regia puesta sobre ellos. Decidieron redactar un documento denigrando a Ursúa, acusándole de mal gobierno y desinterés por la empresa que se le había encomendado y prometiendo cumplirla ellos celosamente, para la mayor gloria de la Corona de España. Pero Lope no



LA IMPRESIONANTE VEGETACION DE LA SELVA AMAZONICA PRODUJO LA DESAPARICION Y MUERTE DE VARIOS DE LOS HOMBRES DE LA EXPEDICION DE URSUA Y AGUIRRE QUE HABIAN PENETRADO EN ELLA A BUSCAR COMIDA. PERO NO SE LE DABA DEMASIADA IMPORTANCIA A LA MUERTE; LO ESENCIAL ERA ALCANZAR EL MITICO REINO DE EL DORADO.

estaba dispuesto a esta componenda; al firmar el documento, estampó: Lope de Aguirre, **traidor**. Luego reprochó al resto su ingenuidad de creer que bastaba un simple papel para exculparles de haber dado muerte a un gobernador del Rey. No, ellos eran traidores y bien traidores; el primer magistrado que les encontrase les mandaría cortar la cabeza a todos. Más valía que vendiesen

cara su vida antes de que se la quitasen. Debían intentar volver a Perú, donde contaban con amigos y donde podrían incluso derrocar al virrey y hacerse con todo el país. Esta postura feroz era demasiado para los restantes conjurados, que siguieron pretendiendo que matar a don Pedro había sido servicio y no traición al Rey. También se afirmaron en cumplir el primer objetivo de

la expedición. Aguirre, en minoría, no insistió. Pero decidió comenzar a hundir a los marañones en el crimen de tal suerte, que, finalmente, ya no les quedase más expectativa que la más plena e irremediable rebelión.

EL PODER Y LA MUERTE

No hay resumen que pueda dar cuenta de la jornada que allí se inició. Fue un asombroso delirio de poder y muerte, un Macbeth tropical. En los primeros días, varios iniciaron el acoso de doña Inés, entre ellos el propio general don Fernando de Guzmán. Finalmente se hizo con sus encantos otro navarro, Lorenzo de Zaldueño. La desamparada criolla debió ver en el sabio manejo de sus gracias la única esperanza de supervivencia. Comenzaron las ejecuciones sumarias; todos podían resultar sospechosos: los hurraños, que siempre estaban solos y quizá fueran rebeldes en potencia; los simpáticos, porque atraían gente y podían amotinarse: los demasiado fieles a don Pedro y los demasiado infieles, los más fuertes y los incapaces... Cuenta Vázquez que todos hablaban a gritos, para que Lope no les oyese susurrar y entrase en sospechas sobre su lealtad. Lope se había formado su propia guardia de vascos bien armados y pronto resultó evidente que era él quien realmente controlaba la situación. Zaldueño y La Bandera trataron de convencer a don Fernando de Guzmán de que eliminase al peligroso lobo; pero el general vacilaba, pues la cosa distaba de ser fácil.

Un día, Lope sorprendió a todos con un discurso en el que dijo "que para que la guerra llevase mejor fundamento y más autoridad, convenía que hiciesen y tuviesen por su príncipe a don Fernando de Guzmán desde entonces, para coronarle por Rey en llegando al Perú, y que para hacer esto era necesario que se desligasen de los reinos de España y negasen el vasallaje que debían al Rey don Felipe, y que él desde allí decía que no lo conocía ni le había visto, ni quería ni le tenía por Rey, y que elegía y tenía por su príncipe y Rey natural a don Fernando de Guzmán, y como a tal le iba a besar la mano, y que todos le siguiesen e hiciesen lo mismo". Así derribó la ficción del documento exculpatorio que habían firmado y les obligó a **desnaturarse**, es decir, a romper el pacto de vasallaje. A don Fernando le complació su ascenso. Dice Vázquez que "puso casa de príncipe, con muchos oficiales y gentiles-

hombres; comió desde entonces sólo y servíase con ceremonias. Cobró alguna gravedad con el nuevo nombre; dio nuevas conductas a sus capitanes, señalando salarios de diez y veinte mil pesos en su caja y haciendas, y sus cartas comenzaban de esta manera: 'Don Fernando de Guzmán, por la gracia de Dios, príncipe de Tierra Firme y Perú, y gobernador de Chile'. Y los más del campo, en nombrando a don Fernando de Guzmán, se quitaban la gorra, como si nombraran al Rey Felipe, nuestro señor, y tocaban trompetas y atabales cada vez que comenzaba a leer una conducta de las que daba". ¡Casa de príncipe, maestro de campo, alguaciles, pagadores, gentileshombres, ceremonias, clarines, en plena selva del Amazonas, en un territorio perfectamente inexplorado y hostil, a miles de kilómetros de los lugares en que aquellas instituciones tenían sentido! Era el poder funcionando en el vacío. Lope de Aguirre y sus fieles continuaban ejecutando a todos aquellos que les parecían hostiles o propensos a la hostilidad. Ni los más privados del príncipe se salvaban, pues don Fernando de Guzmán no tenía potestad sobre las acciones del traidor. Se confiaban cargos por la mañana a quien debía morir por la tarde; se conferían títulos imposibles que no propiciaban más privanza que el crimen. Y las balsas en que navegaba aquel cortejo alucinante seguían recorriendo el Amazonas. Habían trazado un plan que sólo parece descabellado a los que ya ni imaginamos la fibra de esos hombres: recorrer todo el río, llegar al mar, subir a Panamá, conseguir cañones, amotinar a miles de negros y así pertrechados caer sobre el Perú. ¿Locura? Recordemos que cosas más notables hicieron aquellos soldados en esas tierras.

Pero Aguirre y sus **tiranos**, como les llama Vázquez (quien, no lo olvidemos, escribe su relato para disculparse ante el virrey por su intervención en la jornada), habían adquirido tal fuerza que pronto los esfuerzos del príncipe por someterles o eliminarles resultaron suicidas. Finalmente le llegó el turno de sucumbir a Lorenzo Zaldueño, que al parecer se había gloriado ante su manceba doña Inés y otras mujeres de la expedición de no temer a Lope, incluso de pensar deshacerse de él. Aguirre le mató a estocadas cuando se abrazaba a las rodillas de don Fernando, tratando de que le protegiese. Luego mandó apuñalar también a doña Inés, cuyos encantos no pudieron esta vez protegerla del inflexible tirano. Poco debía

sobrevivir el príncipe a Zaldueño; ya Aguirre había decidido que "no se podía fiar de ningún sevillano". Le mató pocos días después, sacándole de la cama por la noche; el joven le preguntó, lloroso: "Padre mío, ¿qué es esto?", lo que no deja de ilustrar su extraña relación con Aguirre. Con él murieron seis de sus más adictos, entre ellos un clérigo. No puede uno dejar de pensar que Lope se dio el gusto de nombrar un príncipe sólo para poderlo traicionar, y amarrar a los hombres en su torno por este nuevo crimen y traición reduplicada. Quedó así Lope de Aguirre indiscutiblemente dueño del campo.

LA CARTA A FELIPE II

Aguirre gustaba de los títulos sonoros y se dio a sí mismo muchos: cólera de Dios, fuerte caudillo de la gente marañona... Ya sin nadie por encima de él, continuó su viaje delirante, diezmando sin cesar a sus hombres por delitos más o menos imaginarios. A veces hacía gala de cierto humor negro: a una de sus víctimas la exhibió después de muerta con un cartel al cuello que decía: "Por amotinadorcillo". ¿Por qué no le mataron aquellos hombres que esperaban, más tarde o más temprano, convertirse en sus víctimas? No se atrevieron a hacerlo cuando estaba borracho, lo que no era infre-

cuenta, ni cuando estuvo tan enfermo que él mismo suplicaba que lo matasen. Dice Vázquez: "Puede ser que no cayesen en ello o que Dios no fuese servido que por entonces muriese". Efectivamente, los marañones sólo tenían suerte, buena o mala, y a ella se entregaban; pero Lope parecía tener destino. Recorrió todo el Amazonas; llegó al Atlántico; se hizo a la mar en sus deficientes embarcaciones, inaptas incluso para el río; soportó en ellas dos tremendos temporales; bordeó la costa de Brasil, de las Guayanas y de Venezuela; sometió diversos puertos y ciudades al pillaje. Al leer cómo engañó al gobernador y los notables de la Isla Margarita, en lo que hoy es la Guayana, fingiéndose amigo para luego apoderarse con una trampa de todos ellos y ejecutarlos, se comienza a advertir el verdadero género de horror que inspiraba Aguirre. Sus trucos eran más o menos los que empleaban Cortés o Pizarro con los indios, los que había empleado Ursúa con los negros: el escándalo es que Lope los ejercía con los españoles. Sus crueldades eran consideradas tales, lo son incluso hoy, porque las hizo contra blancos. Si se hubiese portado así con el mítico príncipe Dorado, nadie le hubiese reprochado nada. Frente a los españoles asentados en pequeñas ciudades, dedicados a la fundación y el coloniza-



TRESCIENTOS EXPLORADORES, SIN CONTAR A LOS ESCLAVOS NEGROS Y AL PERSONAL DE SERVICIO, COMPONIAN EL GRUESO DE LA EXPEDICION A EL DORADO. IBAN CON DOS BERGANTINES Y TRES CHATAS EN MUY MALAS CONDICIONES DE NAVEGACION, LO QUE OCASIONO MULTIPLES ACCIDENTES. (FOTO DEL FILM «AGUIRRE, LA COLERA DE DIOS»).



AL LLEGAR AL PUEBLO DE VALENCIA, LOPE DE AGUIRRE ESCRIBIÓ UNA LARGA CARTA A FELIPE II —AQUI, EN RETRATO DE GIULIO DI ANTONIO BONASONE—, EN LA QUE LE DECLARABA «LA MÁS CRUDA GUERRA QUE NUESTRAS FUERZAS PUDIEREN SUSTENTAR Y SUFRIR». ES ESTE UNO DE LOS ESCRITOS POLÍTICOS MÁS PRODIGIOSOS DE LA ÉPOCA.

je, Lope era de nuevo la sombra nómada y feroz del conquistador sin tierra ni asiento.

En el pueblo de Valencia, Lope se detuvo y escribió una larga carta a Felipe II, que envió con el padre Contreras a la Audiencia Real de Santo Domingo. Todo indica que la misiva debió llegar finalmente a su destino, pues en el burocráticamente eficaz Imperio de Felipe las cartas al Rey no se perdían nunca. El documento escrito por Lope, juntamente manifiesto revolucionario e informe de todo lo ocurrido, es uno de los escritos políticos más prodigiosos de la época, aunque no fuera más que por las condiciones y la personalidad de quien lo redactó. Lope realiza una declaración de guerra al monarca más poderoso del mundo en este tono: "Avísote, rey español, adonde cumple haya tan buena justicia y rectitud para tan buenos vasallos como en esta tierra tienes, aunque yo, por no poder sufrir más las crueldades que usan tus oidores, virrey y gobernadores, he salido de hecho con compañeros, cuyo nombre después diré, de tu obediencia y desligándonos de nuestras tierras, que es España, y hacerte en estas tierras la más cruda guerra que nuestras fuerzas pudieren

sustentar y sufrir". Sigue después una requisitoria contra los rapaces y ambiciosos legados del Rey en las Indias. La justicia regia no le inspira a Lope confianza: "Tenemos en estas tierras tus perdones por de menos crédito que los libros de Martín Lutero". A fin de cuentas, esta mala condición no es exclusiva de Felipe, sino propia de todos los reyes en general: "Por cierto lo tengo que van pocos reyes al infierno, porque sois pocos; que si muchos fuédeses, ninguno podría ir al cielo, porque creo allá seríades peores que Lucifer, según tenéis sed y hambre y ambición de hartaros de sangre humana". Como se ve, Lope no tiene pelos en la lengua. A continuación deplora la corrupción luterana que, se ha enterado, aflige a la metrópoli y previene al Rey contra los frailes que van a América, pues todos son venales, incaritativos, glotones y soberbios. Describe luego toda la jornada que han pasado, pintando a Ursúa con las tintas más negras; pero, por su parte, no oculta sus crímenes: "Y porque no consentí en sus insultos y maldades (de don Fernando de Guzmán y adláteres) me quisieron matar, y yo maté al nuevo rey y al capitán de su guardia y teniente general, y a cuatro capitanes y a su mayordomo, y a un capellán, clérigo de misa, y a una mujer, de la liga contra mí, y a un comendador de Rodas, y a un almirante y dos alféreces, y otros cinco o seis aliados suyos, y con intención de llevar la guerra adelante y morir en ella, por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros; y nombré de nuevo capitanes y sargento mayor, y me quisieron matar, y yo los ahorqué a todos". Luego describe su larga travesía de diez meses y medio por un río tan "grande y temeroso". No se le oculta la insólita enormidad de su hazaña: "¡Sabe Dios cómo nos escapamos de este lago tan temeroso! Avísote, rey y señor, no proveas ni consientas que se haga alguna armada para este río tan mal afortunado, porque en fe de cristiano te juro, rey y señor, que si vinieran cien mil hombres ninguno escape, porque la relación (de Orellana) es falsa y no hay en el río otra cosa que desesperar". Tuvo razón, pues aún hoy, cuatro siglos después, la Amazonia sigue indómita. A continuación detalla los nombres y cargos de sus acompañantes, "que prometen morir en esta demanda": como siempre, Lope no tolera escapatoria. Acaba así su carta: "Hijo de fieles vasallos en tierra vascongada, y rebelde hasta la muerte por tu ingratitude, Lope de Aguirre, el Peregrino". Tras redactar este

estremecedor documento, ya sólo le quedaba vivir el último acto de la tragedia.

LA IRA DE DIOS

La relación de Lope con la divinidad es ambigua, aunque va sufriendo un giro desde cierta irónica indiferencia a la hostilidad y la rebelión abierta. Todavía en la carta a Felipe II, Lope se declara buen cristiano y dispuesto a morir por las verdades de la religión; cita como ejemplo de lo mentiroso en sumo grado los libros de Lutero y se escandaliza de la corrupción protestante que ha invadido España. A una de sus víctimas, un flamenco llamado Monteverde, lo hizo despedazar por luterano. Sin embargo, su Dios es un personaje más bien abstracto y desvinculado del mundo: "Otras veces decía que Dios tenía el cielo para quien bien le sirviese y la tierra para quien más pudiese". Y también: "Dios, si algún bien me has de hacer, ahora lo quiero, y la gloria guárdala para tus santos". Pese a su fobia antiluterana, sus ideas sobre la salvación por la fe eran más bien protestantes: "Decía que no dejasen los hombres de hacer todo lo que su apetito les pidiese por miedo de ir al infierno, que sólo creer en Dios bastaba para ir al cielo, y que no quería él los soldados muy cristianos ni rezadores, sino que, si fuese menester, jugasen con el demonio el alma a los dados". Pero paulatinamente su postura comienza a modificarse: el Dios abstracto va tomando rostro y rostro hostil. En una de sus desventuras marineras, ya hacia el final de la jornada, dice "que no creía en Dios si Dios no era bandolero; que hasta allí había sido de su bando y que entonces se había pasado a sus contrarios". Dios abandona su neutralidad y toma partido contra Lope. El rebelde contra Ursúa, contra el príncipe marañón y contra el Rey Felipe, el eterno traidor, comienza a vislumbrar el definitivo alcance de su sublevación y lo asume sin temblar; arrastrando sus pertrechos por una embarrada colina, bajo un aguacero tropical, exclama: "¿Piensa Dios que porque llueva no tengo de ir al Perú y destruir al mundo? Pues engañado está conmigo". Y más tarde, ya cercado y esperando a sus matadores, blasfema soberbiamente así: "Si yo tengo de morir desbaratado en esta gobernación de Venezuela, ni creo en la fe de Dios ni en la secta de Mahoma, ni Lutero, ni gentilidad, y tengo que no hay **más de nacer y morir**". Aguirre el loco, el traidor, el peregrino debe morir como Aguirre el ateo. Se cumple así plenamente su destino de héroe

trágico moderno: como Macbeth, como Ahab...

En el poblado de Barquisimeto, en Venezuela, acabó su aventura equinoccial Lope de Aguirre, fuerte caudillo de la gente marañona. La mayoría de sus hombres habían desertado, pasándose a las tropas que le acosaban. Poco le quedaba ya por perder, como él mismo expresó con feroz acierto: "Decía este tirano algunas veces que ya sabía y tenía por cierto que su ánima no se podía salvar y que, estando él vivo, ya sabía que ardía en los infiernos; y que pues ya no podía ser más negro el cuervo que sus alas, que había de hacer crueldades y maldades por donde sonase el nombre de Aguirre por toda la tierra y hasta el noveno cielo". Recordemos aquí que el lema de la casa de los Aguirre en Vasconia era: **Omnia si perderis, faman servare memento**. Lo importante era ser Lope, y eso nadie se lo podría arrebatarse. Iba con él durante toda esta alucinante jornada su hija María, a la que dice Vázquez que "mostraba querer más que a su vida". No quiso Lope consentir que viviese para ser llamada "hija del tirano" y ultrajada por la soldadesca: la apuñaló con sus propias manos y tal fue la última muerte que cometió. Cuando llegaron sus matadores, se enfrentó con ellos sin flaquear. Al primer arcabuzazo, que apenas le rozó, comentó: "¡Mal tiro!". El segundo le alcanzó en el pecho y al punto de morir, exclamó: "Este ya es bueno". Despedazaron su cuerpo y llevaron sus restos a diferentes localidades. Su cabeza quedó en la iglesia de Tocuyo, encerrada en una jaula de hierro. Parecieron finalmente sus reliquias las de algún santo mártir. Concluye Vázquez: "No sólo se cumplió lo que él solo había profetizado de sí, sino aún más de lo que él pretendía y deseaba, para que todos se acordasen de él y no pereciese su memoria perversa".

Dijo Nietzsche que el "yo quiero" es la moral del héroe. Héroe puro fue Lope de Aguirre y nada detuvo el indomeñable querer de su voluntad: ni el Amazonas, ni Ursúa, ni la amistad de los compañeros, ni el cariño filial, ni el Rey, ni Dios. A todos opuso su **más valer**, su fuerza que nada hizo flaquear. Pero la pura libertad vacía sólo puede aspirar a la muerte: con ella fue igualando a todos los que le rodeaban, a su hija, a sí mismo. Tal es la única comunidad que el héroe conoce. Lope, traidor a todo y a todos, a la muerte aferró finalmente su única e inevitable fidelidad. ■ F. S.